

LA POESIA DE OCTAVIO PAZ

El Fondo de Cultura Económica de México acaba de aglutinar, en una antología que recoge desde “Bajo tu Clara Sombra” hasta “A la Orilla del Mundo”, veintitrés años de labor poética de Octavio Paz. Tenemos, pues, ante nosotros, el ingente panorama de uno de los más ardidados trabajadores poéticos de nuestro tiempo. Epopeya de la agonía individual debería llamarse toda la obra. Desde el primero y voluntarioso poema hasta la última línea del volumen —palabra siempre vuelta sobre sí misma, hambrienta de raíces, en conflicto con su propia esencia— se hace evidente una lucidez desesperada por combatir y desentrañar la sofocación de un enigma. La imaginación, una imaginación que, más allá de cualquier soberbia cognoscitiva es cultura de los sentidos y riqueza de la conciencia, irrumpe, incontenible y poderosa, para capturar, para ensañarse, para destruir y resucitar lo creado. Una cólera de belleza parece animar a Paz. Su tema central —¿qué es esto, qué me pasa?— contamina, insuflándolos, aún a los seres y las cosas más simples. Los objetos parecen contorsionarse ante la crepitación de su palabra. Reverberan y gimen entre las llamas de este purgatorio verbal. Y en el suplicio, en la voluptuosa agresión que se declaran entre sí, van entregán-

donos esquivarlas de su secreto, alucinadas confidencias, entrañables balbuceos que parecían intransmisibles desde el comienzo del mundo.

Pocas veces nuestro idioma había conquistado tal finura y adiestramiento, tal flexibilidad en la pasión, tan íntima jerarquía purificadora, tan maciza orquestación para invocar, reunir y acompañar el delirio. Octavio Paz es el hombre que se ha emplazado consigo mismo —con su terror, con su alacridad, con su deleite, con sus múltiples y hambrientos tentáculos— y que emplaza su circunstancia. Es el hombre que, por el solo hecho de existir, exige a lo que lo rodea salvarse o sucumbir con él. A este respecto no hay dubitación posible: el árbol, el muro, el rostro, el agua, están allí. Pero, en ningún caso, pueden permanecer impasibles. Hay un hombre —una terrible biología, una inteligencia incoercible, una furia conminatoria que no se resigna al inalterable diapasón de la muerte que impone, con perentoriedad, alienación y tributo. Un alma punitiva que no tolera fueros clausurados. El ímpetu de sus interrogantes convierte a Paz en un depredador. Se le siente la garra y el trallazo, el mordisco, el afilado cuerno, la saliva mojado. Es el héroe desesperado que, de antemano, conoce su derrota.

Pero hay instantes en que suelta sus armas y nos muestra su mugiente dulzura, su palpable melancolía, su sollozo, su glisada indefensión en el centro de su jadeante sinfonía. Entonces digita sobre las cosas: es pétalo la piedra y gota de oro el insecto, y todo cabello y toda grieta y todo labio es suavidad que olvida su origen y su destino de ceniza. Tal vez es aquí donde más hondamente le duele la tierra, donde sentimos su párpado adormecido por el murmullo, por el aroma, por el suspiro de pequeñas alas que suplican cobijo entre su testa de gigante.

Una imaginación como la de Paz, reclamada a todo instante por los más peligrosos choques suscitatorios; una voluntad metafórica como la suya, alimentada por el frenesí; una inteligencia dispuesta siempre a entablar una batalla corporal entre su ser y los instrumentos de su revelación; todo ello sería suficiente para abrumar cualquier disponibilidad creadora. Pero en Octavio Paz estos atributos se adelgazan y repliegan, se concentran esquemáticamente, por un sentido, casi pasmoso, de cálculo rítmico y eficacia nominadora. Y el verdadero secreto de esa eficacia radica en el control ulisiaco que ejerce sobre sus instintos de comunicación. Conoce, como muy pocos en nuestro idioma, el arte de navegar entre símbolos, de eludir los mortales arrecifes con que defiende la palabra sus archipiélagos de silencio, de encontrar, entre el oleaje del asombro, los invisibles pasadizos que conducen a la exactitud estilística.

Pero la máxima consecución expresiva de Octavio Paz —la que más peligros, incomprensiones y

despojos ha debido entrañarle— ha sido la de asumir y expresar su geografía. Paz está afinado en un sitio preciso del mundo, obsecado por una herencia, sumergido en una tradición, reclamado por una luz, un paisaje, un módulo de vida que no aceptan ser eludidos ni mixtificados. Paz, en suma, y en el ángulo más severo de esta palabra, es un poeta comprometido. Es un hombre de América y es un mexicano integral. La hondura de su lección radica en esto: en deglutinar con valor, con alquitarado fatalismo, con alegría, su ración nacionalista. Y es aquí, precisamente aquí —cuando incorpora a la majestad de su canto los muslos del cacique, las fauces del ídolo oxidadas por la sangre de antiquísimos ritos, el ay del borracho entre los magueyes nocturnos, las espuelas del jinete hirviendo bajo la justicia solar, la doncella poblana de piel de ladrillo y pupilas en las cuales parece dormir un relámpago— cuando más firmemente apreciamos la gravedad de su decisión y la apretura de su sentir. Como en Rufino Tamayo —a quien lo hermanan su sutileza composicional y su empeño casi martirizante por hacer de la pintura una ecuación de fulgor y matemático sueño— lo mexicano ha sido abstraído, reducido a la maceración lineal, llevado al más tenso nivel de concentración y de música. Desde este punto de vista, Octavio Paz es un orgullo de la palabra americana. Y un ejemplo eminente de que todo localismo, cuando ha sido lúcida y morosamente padecido, adquiere en una sangre su derecho a la revelación universal.

Héctor Rojas Herazo